

# LA COLONIA ESPAÑOLA

## DIARIO INDEPENDIENTE.

### CONDICIONES.

Se publica todos los días, excepto los siguientes á los festivos. De los artículos firmados son responsables sus autores. De los no firmados responde el director. El pago de las suscripciones será siempre adelantado.

### ADMINISTRACION, REDACCION Y DESPACHO.

CALLE DE SANTA ISABEL.

### PRECIOS.

Por un año, tanto en México como en los Estados... \$ 24 00  
Por un mes, en México... 2 00  
Por un trimestre, en los Estados... 6 50  
En el Extranjero, por un año... 30 00

Director, redactor y propietario, Adolfo Llanos y Alcaráz.

Unicos agentes para los anuncios europeos en Paris, L. BAULOT y C<sup>o</sup>, de la Agencia General de Anuncios.—9 Boulevard Denain, Paris.—A. Viollet, Administrador. Agente general de anuncios para "LA COLONIA ESPAÑOLA," en los Estados Unidos y en la Isla de Cuba, Sr. E. A. Lever.

# GRAN REMATE PARTICURAR

PARA LOS DIAS

## 18, 19 Y 20 DE AGOSTO DE 1877.

A LA VISTA, LOS DIAS 16 Y 17.

EN LA CASA NUMERO 5 DE LA PRIMERA RIBERA DE SAN COSME.

*Magnífico ajuar de Paris, compuesto de las siguientes piezas:*  
Doce sillas, un sofá y dos sillones de madera fina tallada y dorada, tapizados de damasco de seda, con floco de oro fino. Cuatro taburetos bordados y dorados. Cinco mesas talladas y doradas, cuatro de ellas con cubierta de onix. Cuatro juegos completos de cortinas blancas, con goteras de raso y flecos y borlas de oro fino. Una preciosa mesa redonda. Y ocho columnas talladas y doradas.  
*Precioso candil de 24 luces, completamente nuevo.*  
Profusión de albornozos, limpiapiés y enredaderas de bronce.  
*Excepcional reloj de bronce y mármol, con autómata para quince días.*  
Estatuas de porcelana, macetas, jarrones de mármol y cristal, tibores, tarjetario y ramos de flores de porcelana de Sévres. Grandes espejos, lujosos tapetes. Un calendario guatemalteco.  
*Pinturas originales, entre ellas una de Rubens. Paisajes, retratos y oleografías. Pinturas sobre porcelana.*  
Estatuas de yeso, columnas de onix, transparentes, macetas de barro inglés, enneguillas de avilorio. Mesa de escritorio. Sillas y cortinas de terciopelo. Armarios para libros, de caoba y rosa. Cómodas parisianas, de roble y rosa con cubierta de mármol. Papeleros, mesitas con cubierta de onix, libros de lujo, limpiapiés de colgar. Tocadores con mármol, cama de latón, percheros, grandes coperos de luna, alfombras, hermoso piano, alfombras, diversos ajueros y otra multitud de objetos de lujo y de gusto.  
*Fajilla francesa, de clase superior, completa para 18 personas, con cristalería mojavilina de Biarritz, copas para agua, vino, licor, champagné, vino del Rhin y helados. Hielera italiana. Herviera francesa. Juego de café y otras piezas de plata Cristophle.*  
*Espléndido juego de mesa, de bronce dorado y cristal, compuesto de siete piezas, valiendo en mil quinientos pesos.*

### CALENDARIO.

Día 5.—Domingo.—[19 de mes y 11<sup>o</sup> D. P.]—Nuestra Señora de los Nieves y San Basilio obispo mártir.  
Día 6.—Lunes.—La Transfiguración del Señor, Santos Juan y Pastor mártir mártires, y San Hierónimo papa.  
Sale el sol á h. 50. Pártese á h. 24.

## REVISTA

literaria, científica, agrícola y comercial.

### LITTERATURA.

A SOFIA.

Yo no sé, yo no sé... pero presento  
Con un cargo pesado  
Que del olvido las profundas sombras  
Al fin me envolverán.  
Y que apagando el bendecido fuego  
Que mi amor inmortal  
Encendiera en tu pecho, en sus cenizas  
Otro se encenderá!

Y que aquel cielo que miré contigo  
Tan diáfano y azul  
Y los suspiros que exhalaba el viento,  
Cual mágico laúd,  
En las coronas y calladas noches  
A cuya tenue luz  
Leía en tus ojos la pasión inmensa  
Que en los míos leías tú....

Como la huella que de blanca espuma  
Llega la ola á dejar  
En la playa desierta, y la otra ola  
Que se mece detrás  
La alcanza y cubre y al huir lo deja  
Desbaratado ya....  
¡Así también el tiempo en tu memoria  
Todo lo ha de borrar!

Y yo, entretanto... ¡Vistes algún día  
De las ramas oler  
La hoja desprendida, que del viento,  
Sin fuerzas ni sostén,  
Sigue el impulso arrebatada y sola  
Para irse á perder  
Tal vez en el torrente desbordado  
O en el oleo tal vez!

Como á esa débil hoja arrebatada,  
Me llevaré veloz  
Del mundo el borrascoso torbellino.  
Y si en tu corazón  
La ira ó el desprecio arden un día  
Como el amor ardió;  
¡Acuérdate que ha sido por amarte  
Y que por mucho amar perdona Dios!  
FRANZ.

### RELATO DE UNA FLOR.

Amanece risueño un claro día del encantado mes de Mayo.  
Lucían apenas las desvanecidas tintas del matinal crepúsculo.  
Las aves comenzaban á recogerse con la llegada de la Aurora y preparaban aquel día su más armonioso coro para saludar á nuestro rey Apolo.  
A sol, que todavía lejoso, matizaba ya el lejano horizonte con el rosado color que más tarde me prestó á mí misma.  
Yo era apenas visible capullo.  
Gemían mis hojas estrechamente recogidas bajo mi verde cálix y unlababan el instante en que abriéndose ésta, brotaban ellas á gozar los encantos del delicioso jardín donde el que más tarde, dichosa, percibí las caricias de mi primer rayo solar.  
Un lozano rosal fué mi padre; mi madre su rama más hermosa.

Ya principiaba yo á comprender los inentendibles murmullos de una cercana fuente, tan distintos, cuando resonaron en medio de las sombras de la noche, de cuando animan la claridad del día.  
De noche son tristes, apagados, temblorosos, cual si la fuente sintiera pavor en medio de la solitaria oscuridad; de día son alegres y armoniosos, como si la fuente sintiera renacer su confianza y su alegría con la presencia de la blanca estrella que presta sus encantos á la mañana.

En aquella tan hermosa, experimenté una dolcísima frescura; mi cálix principal á entreabrírse, y pude luego distinguir cerca de mí un sér extraño, cuyas gradas admiraba, y que aumentaba las del día con los destellos de dos estrellas móviles que lucían debajo de un admirable montañolito de hebras de oro.  
La crecía rama de las flores y hablara querido rodearla con mis esencias; pero ¡ay! entonces no las tenía.  
Yo crecía con extraordinaria rapidez.  
El ángel apenas se separaba de mi lado. Continuamente me dedicaba sus miradas llenas de ternura y murmuraba frases que yo entonces no comprendía.  
Después, ya la conocí.  
Ella me enseñó su lenguaje.

Me cuidaba con delicado esmero; arrancaba las hojas que cerca de mí crecían como si temiera me molestasen; mas ¡ay! que me privaba también de las agudas espinas de mi tallo, y yo gemía al perder las armas que, pensaba yo, habían de defender mi libertad y mi pureza.  
Pero muy pronto viéndola, me consolaba.  
La amaba tanto!...  
Yo era dichosa.  
Crecían mis galas y mis esencias, que yo escatimaba á las auras, para ofrecérselas todas á mi adorada amiga.  
Sólo un día no se las guardé!  
Un pajarillo vino á posarse cerca de mí, sobre una rama que bajo su peso se balanceaba dulcemente.  
El pajarillo me contemplaba silencioso.  
El solo retrataba la belleza de cuanto me rodeaba.  
Hojas y flores.  
Así él lucía en su elegante plumaje, de llenos matices dorados, verdes y rojos.  
Sentía yo mucha pena cada vez que levantaba el vuelo; mas él como si lo comprendiera, nunca se alejaba de mí; revoloteaba á mi alrededor, y venía siempre á posarse sobre la misma vieja rama.  
De pronto no sé qué dulcísimo encanto experimenté; cantaba el ave y me parecía comprender sus gorgeos; se aproximaba á mí y lucía; volvía á acercarse y se alejaba presuroso; seguían sus trinos y al llegar á mi lado parecía decirme—¡qué hermosa eres!

En uno de sus giros el ave tropozó ligeramente conmigo; yo me estremecí y él como avergonzado de su torpeza, voló... para no volver jamás!  
Pobre! crecía habiéndome disgustado con su rápido contacto!  
El partió y yo desde entonces vivo triste.  
Una ráfaga de viento agitó mi rama y levantándome vi á la amada dueña que acercándose á mí, me contemplaba sonriendo.  
Las que me rodearon estrellas la vez primera que las vi, me dijo entonces que eran sus ojos.  
Aquel día los tenía llenos de rocío.  
Una gota se desprendió sobre mí y me abrasaba.  
También me dijo luego que era una lágrima.  
—Ya he visto—me dijo el pajarillo—que te dedicaba sus cantos; yo también tengo quien me ama.... ¡yo también amo!... pero tu ave amante ha partido dejándote triste y abandonada!... ¡dime, flor mía, ¿y él se alegrará también de mí... si así fuese, quisero que tú, que tan her-

mosa eres, vivas siempre á su lado, despertando en su memoria mi recuerdo!...  
Entonces distinguí en su mano un brillante objeto, compuesto de dos medias hojas trabadas en forma de cruz.  
Me estremecí.  
Acercó hasta mí aquel objeto y cortó mi tallo.  
Sentí un vivo dolor.  
Dos hojas que conmigo quedaron, enredadas entre las espinas de una rama, me retenían en mi planta.  
Parecía que mi madre se resistía á separarse de mí.  
Mi dueña me alejó de cuanto me sonrió al nacer, y me llevó consigo.  
Entramos en una lujosa vivienda.  
Yo contemplaba asombrada, infinidad de objetos para mí extraños.  
Mi amiga me colocó en uno de ellos algo profundo y lleno de un licor igual al que murmuraba en la fuente y semejante al rocío.  
Sentí una agradable frescura, que mitigó el dolor de mi tallo herido.  
Fué debilitándose la luz del día; la tarde se desvaneció en el vespertino crepúsculo y esto, á su vez, entre las sombras de la noche.  
Mi dueña penetró en el aposento donde yo estaba; la vi más hermosa que nunca; comenzó á hacerse un primoroso tocado, y al concluir, tomándome á mí, y después de acercarme tanto á sus labios que me abrasaba su aliento, me colocó entre las que antes me habían parecido hebras de oro.

Entre sus hermosos cabellos.  
Poco después nos encontrábamos en otro paraje, lleno de muchos otros séros parecidos á mi adorada dueña, pero menos hermosos que ella.  
Todos hablaban, reían, se movían en todas direcciones.  
Bien pronto escuché ciertos magníficos acantos.  
Recordé los cantos del pajarillo ingrato.  
Al compás de aquellas armonías, todos aquellos séros nidos dos á dos, comenzaron á girar, á agitarse, como cuando las raras se balancean hostigadas por el duro soplo de un viento impetuoso.  
Solo mi encantadora dueña, permaneció inmóvil.  
Sólo ella parecía triste, y yo solo la escuchaba murmurar muchas veces un—¡Dios mío! cuánto tardar!—que resultaba apenas sobre el leve rumor de sus suspiros.  
¡Dios mío! al fin, para dejar lugar en sus labios á una encantadora sonrisa.  
Mi amiga se estremeció no tan levemente que no me comunicase á mí su movimiento y esperó dichosa, que se acercase